

# LUIS MARÍA TORRES

## SEPELIO DE SUS RESTOS

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL PROFESOR DON MILCIÁDES ALEJO VIGNATI  
EN REPRESENTACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA Y POR EL MUSEO DE LA MISMA

---

La Universidad Nacional de La Plata y su Consejo Superior, me han encomendado la penosa misión de traer a este acto la expresión de la congoja que ha embargado a aquella institución con motivo de la muerte del doctor Luis María Torres.

Por su parte, el señor Director del Museo de La Plata, imposibilitado de venir a presentar personalmente su homenaje póstumo, ha querido, a su vez, confiarme le represente, en esta despedida al que fuera Jefe del Departamento de Etnografía, profesor y Director, desde cuyo cargo, que ejerció durante 12 años, dirigiera su organización.

Sería injusto conmigo mismo si no añadiera que por sobre toda representación, en estos momentos me siento impulsado a expresar mi profundo dolor ante la pérdida del colega y amigo de todo momento, cuya clara visión de los problemas científicos como su serena apreciación de las cosas de la vida, dotaran de incalculable valor los vínculos de su amistad.

Vivo está aún, no obstante su alejamiento, el recuerdo de la acción perseverante y fecunda desplegada al frente del Museo que supo orientar con criterio amplio y acertado, impulsado constantemente hacia la obra constructiva, encauzando la impaciencia indecisa de los que se iniciaban y sosteniendo esfuerzos de los ya avezados, coordinando la ardua y lenta labor, como si anhelara para cada uno de sus colaboradores la misma trayectoria ascensional de su propia actuación, que puede expresivamente simbolizarse en una pirámide de sólida base que se afina y define a medida que se eleva.

Amplios eran ya los conocimientos adquiridos cuando se incorporó al reducido y glorioso grupo de los que afanosamente indagaban los orígenes y las culturas tan variadas de los hombres que habitaron el suelo de la patria. Las ciencias históricas y arqueológicas se debatían en la Argentina por salvar el período de las leyendas, no obstante los descubrimientos esp-

rádicos de improvisados investigadores que, a manera de relámpagos, horadaban con su luz las tinieblas que rodeaban nuestro pasado, cuando Luis María Torres, a la par que otros jóvenes entusiastas — ¡cuántos de ellos también ya desaparecidos! — se consagraron a explorar en el campo ignoto de las viejas civilizaciones indígenas.

Surgió así, entonces, en nuestro medio poco favorable a las especulaciones desinteresadas, una valorable escuela de investigaciones antropológicas a las que el doctor Torres aportó, a más de su múltiple labor diaria en la cátedra y en el gabinete, producciones fundamentales entre las que cabe destacar su obra magna en cuanto a exposición, método y conclusiones: *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná*.

La actuación científica del doctor Luis María Torres, apenas bosquejada por sobrado conocida, culminó en la tarea que desarrolló al frente del Museo de La Plata, donde puso en evidencia condiciones de organizador, unánimemente apreciadas que, en su momento, le asignaron merecida reputación. En su carácter de Director de ese instituto, formó parte además, del Consejo Superior de la Universidad donde se distinguió siempre por la rectitud de su criterio y por la ecuanimidad de sus dictámenes. Porque, aparte de los méritos que el doctor Torres ha tenido como hombre de ciencia, los que le tratamos no podemos menos de colocarlo en igual plano de elevada jerarquía por su solas condiciones de hombría de bien y de caballerosidad que trasuntaba en toda circunstancia.

Pierde, pues, el país una existencia ejemplar que, aunque — y a pesar suyo — había dado por terminada su obra, era como una fuente de emulación, como ejemplo vivo para las nuevas generaciones.

Al dar a los restos mortales del doctor Luis María Torres la postrera despedida en nombre de los institutos platenses cuya representación me ha sido confiada, hasta tanto llegue la hora de la consagración suprema que ha merecido, confío en que su espíritu selecto haya encontrado en el seno del Todopoderoso el premio de su vida honrada y útil, hallando la luz inextinguible que tan afanosamente buscara, a la par de sus compañeros y amigos que le precedieron en su ingreso a la eternidad.